

aquella ciudad para reclamarle. Usted será catedrático de Literatura en Murcia». A los pocos días, el papelito azul de las urgencias confirmaba: «Elegido por unanimidad. Iré a Murcia. Jorge Guillén».

VIDA OFICIAL.—La Universidad murciana ha conocido en la nómina de su claustro nombres de muchos profesores —ilustres o mediocres— que hoy cultivan sus disciplinas en diversos centros universitarios; pocos de los profesores destinados a aquella fijaron en la ciudad su residencia. Jorge Guillén, causando la extrañeza de sus nuevos compañeros, vino a Murcia en febrero de 1926; se instaló con su familia entre nosotros, y la gracia elegante de sus hijos, nacidos en París, dió su infantil encanto a las doradas mañanas del Malecón desde aquel invierno. Asiduamente, el nuevo profesor cumplía con rigor y eficacia los sagrados deberes de la cátedra. Dos cursos especiales de conferencias dedicó a dos grandes poetas predilectos: uno a Fray Luis de León, otro a D. Luis de Góngora en el tercer centenario de su muerte.

LA OBRA POETICA.—En las horas libres, el poeta quedaba por entero consagrado a su obra. A los poemas creados en la parisina Rue d'Alexandrie o en las playas sin sol de Normandía se iban uniendo otros que alcanzaban gozosa plenitud en la tranquila calle de Capuchinas, frente a los terrados con vuelos de palomas sobre el fondo azul partido por la gallardía de la Torre. Poco a poco se iba formando el libro que, al cerrarse, llevaría prisionera entre sus páginas la luz de Murcia, la gracia y la poesía virginales de nuestro mundo: cielos, nubes, montañas, colores, vientos, claridades. Toda la belleza intacta del paisaje murciano que Jorge Guillén supo recoger en el bloque transparente de su poesía, encendida de entusiasmo y pasión frente a nuestro horizonte luminoso.

